

SAN PABLO



La conversión (Hech 9]

San Pablo era un celoso fariseo llamado Saulo que, no habiendo comprendido la doctrina de Cristo, tenía a los cristianos por herejes que había que exterminar.

Jesucristo había dicho: «Llegará el tiempo en que quien los mate a ustedes se persuada que con ello hará un obsequio a Dios» (Jn 16).

Y San Pablo era uno de esos que, celoso de la religión judía, perseguía a muerte a los cristianos por todas partes.

Un día se presentó al príncipe de los sacerdotes y le pidió cartas para Damasco, dirigidas a los jefes de las sinagogas, para traer presos a Jerusalén a cuantos hombres y mujeres hallase de la secta de Jesús.

Cuando ya llevaba de camino más de doscientos kilómetros y ya estaba cerca de la ciudad de Damasco, sucedió algo así como un rayo que cayó a sus pies y le envolvió con su resplandor.

El caballo lo tiró por tierra mientras oía una tremenda voz que le decía: «¡Saulo! ¡Saulo! ¿Por qué me persigues?» El oyó la voz, pero no veía nada, pues el resplandor le había dejado totalmente ciego.

Y contestó: «¿Quién eres Tú, Señor?» Y el Señor le dijo: «Yo soy Jesús a quien tú persigues; dura cosa es para ti ir en contra del aguijón».

El entonces, temblando y despavorido, dijo: «Señor, ¿qué quieres que haga?»

Y el Señor le respondió: «Levántate y entra en la ciudad, donde se te dirá lo que debes hacer».



El nuevo Apóstol (Hech 9)

En Damasco había un santo varón llamado Ananías, al cual le habló el Señor en una visión y le dijo: «Ananías: Levántate y vete a la calle llamada Recta, y busca en casa de Judas a un hombre de Tarso, llamado Saulo, que ahora está en oración».

Respondió Ananías: «Señor: he oído decir a muchos que ese hombre ha hecho mucho daño a todos los cristianos de Jerusalén y que ha venido aquí con poderes de los príncipes de los sacerdotes para llevarse presos a todos los que invocan tu nombre».

«Vete a encontrarle, añadió el Señor, porque ese mismo es ya un instrumento elegido por Mí para llevar mi nombre a todas las naciones».

Marchó Ananías y entrando en la casa que le había dicho el Señor, encontró allí a Saulo e imponiéndole las manos, le dijo: «Saulo, hermano, el Señor Jesús que se te apareció en el camino, me ha enviado para que recobres la vista y quedes lleno del Espíritu Santo».

Al momento cayeron de sus ojos unas como escamas, y recobró la vista, y levantándose fue bautizado.

Y habiendo tomado aliento, recobró sus fuerzas, y estuvo algunos días con los discípulos que habitaban en Damasco. Después empezó a predicar en las sinagogas diciendo que Jesús es el Hijo de Dios; pero los otros discípulos no se fiaban de él, porque sabían que había encarcelado a muchos en Jerusalén y había ido a Damasco con el mismo propósito.



Huye por la muralla metido en un canastón (Hech 9)

Todos los que le oían estaban pasmados, y decían: «Pues ¿no es éste aquel que con tanto furor perseguía a los cristianos en Jerusalén y que vino acá con el propósito de llevarnos presos?»

Pablo, empero, cada día cobraba nuevo rigor y esfuerzo, y confundía a los judíos que habitaban en Damasco, demostrándoles que Jesús era el Cristo.

Mucho tiempo después, los judíos se conjuraron de común acuerdo para quitarle la vida.

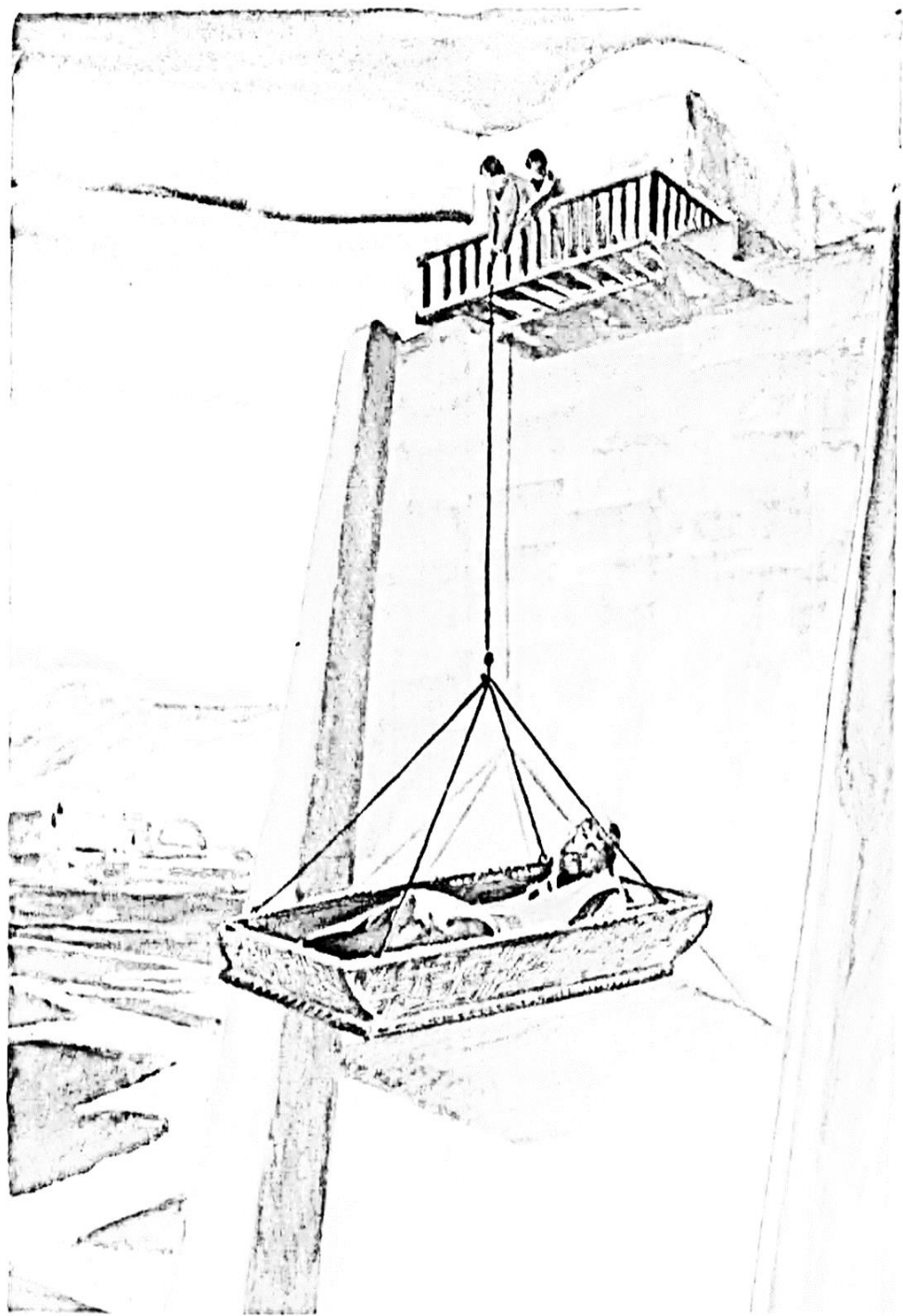
Advirtieron a Pablo de lo que tramaban contra él; y ellos, a fin de salir con su intento de matarle, tenían puestos centinelas día y noche a las puertas de la ciudad.

En vista de lo cual los discípulos, tomándole una noche, le descolgaron por el muro metido en un canastón.

Así que llegó de nuevo a Jerusalén, procuraba unirse con los discípulos, mas todos huían de él, no creyendo que se hubiera hecho cristiano, ya que sabían con cuánta saña los había perseguido anteriormente.

Por fin, Bernabé lo presentó a los Apóstoles y les contó la milagrosa conversión cuando en el camino de Damasco se le apareció el Señor, y las palabras que le había dicho, y con cuánta firmeza y valentía había procedido en Damasco predicando en el Nombre de Jesús.

Y con esto ya lo aceptaron.



Pablo y Bernabé son tenidos por dioses (Hech 14)

Cuando los Apóstoles llegaron a Listra, se encontraron allí con un hombre rengo que nunca había andado y ni siquiera podía ponerse en pie, por lo que siempre estaba sentado.

Habiendo oído predicar a Pablo, creyó que podría curarle, y el Apóstol al ver su fe le dijo en alta voz: «Levántate y mantente de pie, derecho sobre tus piernas». El, al instante, dando un salto se puso a andar.

Las gentes, viendo lo que Pablo acababa de hacer, se pusieron a gritar diciendo: «Estos no son hombres, sino que son dioses que han bajado en figura de hombres».

A Bernabé le daban el nombre de Júpiter, y a Pablo el de Mercurio.

El sacerdote de Júpiter, cuyo templo estaba a la entrada de la ciudad, trayendo toros adornados con guiraldas delante de la puerta, junto con todo el pueblo, intentaba ofrecerles sacrificios.

Apenas se dieron cuenta de ello Pablo y Bernabé, rasgando sus vestidos, rompieron por medio del gentío, clamando: «Hombres, ¿qué es lo que hacen? Nosotros no somos dioses, sino hombres mortales como ustedes, que venimos a decirles que dejen todas esas deidades y se conviertan al Dios vivo, que creó el cielo y la tierra, el mar y todo cuanto existe»...

Pero, por más que les decían, ellos querían adorarlos y ofrecerles sacrificios, creyendo que quienes tales portentos hacían no podían ser hombres sino dioses.



La adivinadora (Hech 16)

Sucedió que una esclava jovencita estaba poseída de un demonio pitón, la cual, haciendo de adivina, conseguía para sus amos muchas ganancias.

Cuando Pablo y Silas pasaban a la oración, la muchacha los seguía detrás gritando: «Estos hombres son siervos del Dios Altísimo que les anuncian el camino de la salvación».

Y así continuó tras ellos por espacio de varios días.

Cansados los apóstoles de oírla todos los días, un día se volvió Pablo hacia ella y le dijo al demonio que tenía dentro: «Yo te mando, en nombre de Jesucristo, que salgas de esta muchacha».

En aquel momento la dejó el demonio y se puso bien. Pero sus amos, al ver que se les había acabado el negocio de lo que ganaban con sus adivinaciones, se enojaron y armaron un gran alboroto en la ciudad diciendo que aquellos hombres estaban enseñando doctrinas extrañas contrarias a sus leyes y tradiciones.

La plebe acudió formando gran alboroto y los magistrados mandaron que los azotasen y luego los encarcelasen bien seguros.

El carcelero al recibir esta orden los metió en un profundo calabozo, con los pies sujetos al cepo para mayor seguridad.



Pablo y Silas en oración dentro de la cárcel (Hech 16)

A eso de medianoche, Pablo y Silas, de pie puestos en oración, alababan a Dios mientras los demás presos estaban escuchando.

De repente se sintió un gran terremoto, tal que se movían hasta los cimientos de la cárcel. En aquel instante se les cayeron a todos los presos las cadenas y se abrieron todas las puertas.

En esto despertó el carcelero y al ver abiertas las puertas de la cárcel, creyendo que se habían escapado los presos, desenvainando su propia espada se iba a suicidar.

Viéndolo Pablo, le gritó diciendo: «¡Quieto! No te hagas daño, pues todos estamos aquí».

Entonces, comprendiendo el milagro, se arrojó a los pies del Apóstol diciendo: «¡Señor! ¿Qué debo hacer para salvarme?»

Pablo le dijo: «Cree en el Señor Jesús y te salvarás». Y enseñándole la doctrina cristiana a él y a todos los de su casa, en aquella misma hora de la noche se bautizó con toda su familia.

Después el carcelero invitó a Pablo y a Silas a su habitación, les lavó las llagas y luego les sirvió la cena, alegrándose con todos los suyos de haber creído en Dios.



Pablo en Atenas (Hech 17)

Habiendo llegado Pablo a Atenas, predicaba en las sinagogas y enseñaba en la plaza pública a todas las gentes.

Se les acercaban muchos curiosos preguntando: «¿Qué novedad nos trae éste? ¿Qué dice este charlatán?»

Al fin, lo llevaron al Areópago, diciendo: «¿Podremos saber qué doctrina predicas?»

Pablo empezó diciendo: «Ciudadanos atenienses, en todo veo que sois muy religiosos, pues al recorrer su ciudad y contemplar sus monumentos he visto un altar con esta inscripción: 'Al Dios desconocido'. Pues bien, lo que veneran sin conocerlo es lo que yo les voy a anunciar».

«El Dios que ha hecho el mundo y todo lo que hay en él, siendo Señor del cielo y de la tierra, no habita en templos hechos por manos de los hombres, ni es servido por manos humanas como si necesitase algo. Él es el que a todos nos da la vida y el aliento y todas las cosas, pues en Él vivimos, nos movemos y existimos»...

Al oírle hablar de la resurrección de los muertos algunos se burlaban, pero otros, sin embargo, se convirtieron y creyeron, entre los cuales estaba San Dionisio el Areopagita.



Pablo ante el Sanedrín (Hech 23)

Habiéndose reunido el Sanedrín para juzgar a Pablo, dijo Pablo: «Hermanos: Puedo asegurarles que delante de Dios, de nada me remuerde la conciencia».

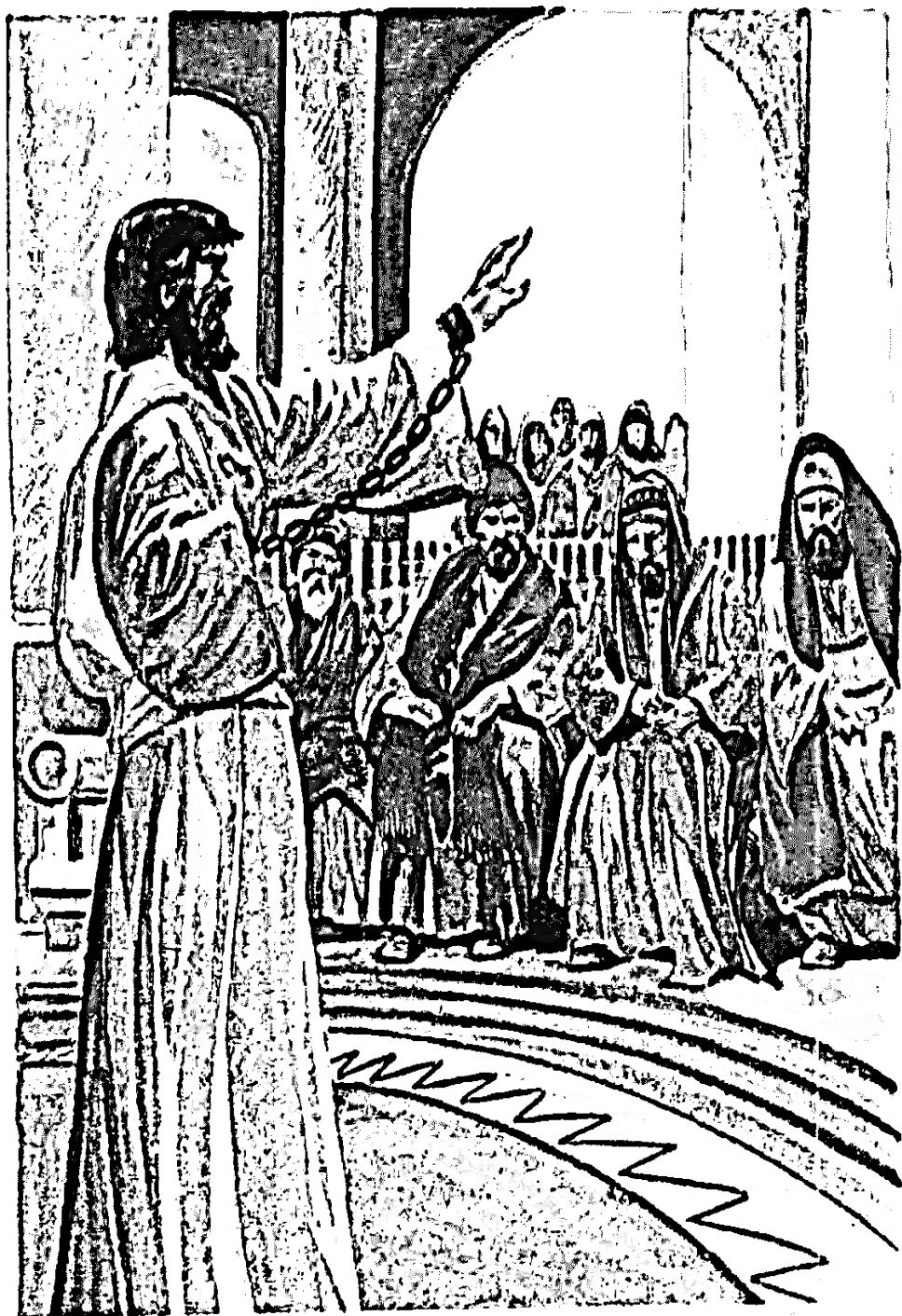
Entonces el príncipe de los sacerdotes mandó pegarle en la boca. Y Pablo respondió: «Herirte ha Dios a ti, pared blanqueada. ¿Tú estás sentado para juzgarme según la ley, y contra la ley mandas herirme?»

Viendo Pablo que parte de los asistentes eran fariseos y parte saduceos, y sabiendo que los unos no se llevan bien con los otros porque los fariseos creen en la resurrección y los saduceos no creen, exclamó en medio de ellos:

«Hermanos míos, yo soy fariseo, hijo de fariseos, y por causa de mi esperanza en la resurrección de los muertos es por lo que voy a ser condenado».

Estas palabras de Pablo suscitaron tal discusión entre ellos que se armó un gran griterío y algunos fariseos decían: «Nada malo hallamos en él, ¿acaso no le pudo hablar algún ángel?»

Más tarde, para poder escapar de los judíos, hubo de apelar al César, pero antes fue presentado al rey Agripa, al que Festo le apercibía que contra él no había más acusaciones que ciertas disputas tocantes a la superstición judía y sobre un cierto difunto llamado Jesús, que Pablo afirmaba estar vivo.



Pablo ante el rey Agripa (Hech 26)

Habiendo sido acusado Pablo ante el rey Agripa, éste le dijo: «Se te da licencia para hablar en tu defensa».

Entonces Pablo empezó diciéndole cómo había sido un gran perseguidor del cristianismo hasta que en el camino de Damasco un rayo lo había tirado por el suelo y una voz del cielo le había hablado.

Habló con tanta elocuencia que uno de los ministros sonriendo le dijo: «Pablo: tú estás loco; las muchas letras te han trastornado el juicio».

Pablo le respondió: «No deliro; que bien sabe el rey que estoy diciendo la verdad, pues yo sé que él no ignora estas cosas y sabe que no miento».

Y dirigiéndose al rey le dijo: «¡Oh, rey Agripa! ¿Crees tú en los profetas? Yo sé que crees en ellos».

A esto el rey, sonriendo, respondió a Pablo: «Poco falta para que me convenzas a hacerme cristiano».

Entonces dijo Pablo: « Como deseo y cuanto antes, tú y todos cuantos me oyen llegasen a ser hoy como yo, salvo estas cadenas».

Terminado el juicio, el rey dijo a Festo: «Si no hubiera apelado al César bien le podríamos poner en libertad».

Pero apeló al Cesar entonces al Cesar irá.

«Llévenlo a Roma».



En la isla de Malta (Hech 28)

Cuando llevaban a Pablo preso a Roma, el barco naufragó cerca de la isla de Malta, el barco se destrozó pero todos se salvaron.

Al llegar a la isla hicieron una hoguera para secarse las ropas y protegerse del frío.

Entonces Pablo tomó unas ramas secas para echarlas al fuego, pero había debajo una víbora muy venenosa y le mordió en una mano.

Cuando los nativos del lugar vieron la víbora colgada de la mano de Pablo, se dijeron unos a otros: «Este hombre debe ser un criminal o un homicida, pues que habiéndose salvado del mar, la venganza de los dioses es que no quieren que viva».

Y estaban esperando que por momentos caería muerto en el suelo.

Pero al ver que pasaba el tiempo y nada le sucedía, cambiando de opinión, decían que era un dios, y empezaron a tratarle con mucho respeto y veneración.

El rey de la isla tenía un hijo enfermo y Pablo haciendo oración por él lo curó.

Entonces empezaron a llevarle todos los enfermos de la isla y a todos los curaba, por cuyo motivo les hicieron muchos honores, y cuando volvieron a embarcar les dieron todo lo que necesitaban.



Escritos y muerte del Apóstol

No cabe duda que San Pablo ha sido el más grande apóstol que ha tenido el cristianismo. Se puede decir que casi recorrió medio mundo predicando el Evangelio y fundando comunidades cristianas que cuando iba a otro lugar no olvidada y les escribía sus famosas cartas llenas de sabiduría.

Incesantemente animaba a unos y a otros haciéndoles ver que «es necesario pasar por muchos trabajos para llegar al Reino de Dios»; pero que, «por muchos que sean los trabajos, no tienen comparación con aquella sublime gloria venidera que esperamos».

Y les añadía: «Para mí la vida es Cristo, y la muerte es la ganancia; pues si bien el continuar viviendo es fruto de apostolado, no sé qué elegir, porque me siento como apremiado por ambas partes. Por un lado deseo la muerte para estar con Cristo en el cielo, lo que sin duda es lo mejor para mí; pero por el otro lado, el continuar viviendo lo juzgo más necesario para ustedes».

Tanto luchó que al fin pudo decir: «He combatido bien, he terminado mi carrera. Ya sólo me aguarda la corona que me otorgará el Señor».

Cuando un pelotón de soldados acababan de crucificar a Pedro en el Vaticano, otro pelotón sacaba a Pablo a las afueras de Roma para pedirle la vida por Cristo, aunque de distinta manera.

Esta vez el privilegio de ser ciudadano romano le privó de la gloria de la cruz que tanto honró en vida

Y como siendo ciudadano Romano, no lo crucificaron sino que le cortaron la cabeza al filo de la espada del verdugo.



